

## OSVALDO SAIDÓN

En la puerta del loquero

Escribo estas líneas de homenaje con enorme tristeza. Pasan los días y la ausencia de Osvaldo se hace más profunda y el vacío más palpable.

Evoco escenas en las que estamos juntos, trabajando veo la ronda de las sillas para llevar a cabo el ritual de la asamblea hospitalaria, veo algún familiar con su rostro angustiado, veo también algún voluntario, al jefe de sala, algún enfermero, la caba etc.

Me tironean del saco.

“Dr, Dr, en qué se parece un psiquiatra al Autobus 101?”

No sabe, no?

Que los dos empiezan con uno y terminan con uno.”

Risas

Como chiste, al escucharlo por primera vez, arranca una sonrisa. Escucharlo cada mañana provoca desasosiego. Nos mirábamos con Osvaldo sin poder desentrañar si esa pregunta jocosa contenía alguna demanda o era meramente un truco para conseguir tabaco.

Quién es ese “uno”?

¿Existe acaso un continente de “unos”?

¿Se hace necesario visibilizarlos?

Muchas veces, pensábamos que

cruzando al interior del edificio se traspasa una línea imaginaria que permite entrar al gran manicomio de Buenos Aires, donde moran decenas de “uno”s. “Unos” que piden, “unos” que insultan sin pudor, “unos” semidesnudos que se orinan. Son “unos” que creen estar acogidos por ese concepto equívoco llamado humanismo. En realidad estos “unos” son los que deambulan embriagados por las salas, cargadas de neuroquímicos, de oleadas de supuestas nuevas generaciones de drogas, salas de los consumidores de efectos no deseados. Estos “unos” buscan tocarse, tocar su cuerpo buscando alguna materialidad, algún resabio de lo que fue alguna vez una vida, hoy, postal circense. Buscan un cuerpo, su cuerpo. Muchos disfrutaban asustando a los visitantes que van mermando a medida que se acerca el mediodía.

Osvaldo Saidón era médico psiquiatra, psicoterapeuta psicoanalítico y al mismo tiempo un sagaz lector de lo inconsciente.

De entrada entablamos una amistad que perduró más de 50 años, interrumpida por el golpe militar en Argentina, golpe que lo obligó a exiliarse con su familia en Brasil, San Pablo y luego en Río. San Pablo, esa ciudad tan grandiosa lo abrumaba: “Prefiero ser pobre en Río que rico en Sao Paulo”, solía decir.

En Río de Janeiro se conecta con ese espacio, heterogéneo y un poco difuso formado mayormente por muchos colegas brasileños y no pocos argentinos. Espacio que se nutría de manera creativa, tanto del Psicoanálisis, la Psicología social de Pichón Riviere, el análisis institucional de Lourau, el Psicodrama analítico de Pavlovsky, y una larga lista de intelectuales y clínicos imposible de mencionarlos a todos sin omitir nombres y sus aportes. Eran tiempos en que se comenzaba a incursionar en las enseñanzas de Deleuze y Guattari en relación al esquizoanálisis.

Estos dos autores fueron en gran medida los inspiradores de la escritura “a cuatro manos”, puesta en práctica en los dos libros que publicamos, en coautoría: “La escena institucional”(1991) y “El cuerpo en la clínica institucional”(1994).

La escena institucional fue y es un instrumento que permite obtener rápidamente un primer diagnóstico de las razones del sufrimiento institucional. Con la instrumentación de técnicas psicodramáticas y corporales tratábamos de llegar al fondo del dolor, entenderlo, explicitarlo, hacerlo inteligible en particular cuando trabajábamos con los más vulnerables: psicólogos, médicos residentes de hospitales, familiares de los internos, etc. En aquellos años “inventamos” una herramienta de gran utilidad que la llamamos el “cotidiano”. La premisa era partir de lo más sencillo, de representar la cotidianidad, ponerla en escena y desplegar el análisis. Así aparecían la cocina del hospital, la sala, la mateada de la merienda, el dormitorio.

Osvaldo no se deprimía con facilidad por las dificultades que íbamos transitando, en especial durante la llamada “guerra sucia”. Saidón era uno de los pocos terapeutas de grupo que nunca cerraron las persianas de su consultorio. Pero todos sabíamos y Osvaldo también, que nadaba a contracorriente. Cuando la mayoría de los terapeutas en Argentina tras el golpe cerraban sus grupos terapéuticos, los desarmaban, decíamos que en lo de Saidón seguramente habrían vacantes disponibles.

También fuimos poquitos los que en aquellos años estuvimos dispuestos a crear un espacio de análisis con los internos enfrentando la tradicional inercia que consideraba que los “psicóticos” eran inanalizables.

Mientras tuvimos la posibilidad de trabajar en co-coordinación en y con las instituciones, lo hicimos con mucho interés y dedicación. Abiertos a brindar nuestra experiencia al mismo tiempo que ansiábamos hacer más inteligibles conceptos tales como clínica institucional, clínica ampliada, afectación, implicación, analizador, transversalidad, sufrimiento y goce en las instituciones, y otros tantos conceptos novedosos que enriquecieron el campo operativo. A veces nos era necesario anclar en

Foucault, que nos remitía a Basaglia y este a su vez nos obligaba a releer a Deleuze y Guattari.

Oswaldo bregaba por el desarrollo de una clínica ampliada, desatada, transversal, que porte en su caja de herramientas la tenacidad del herrero y la delicadeza del carpintero. Herramientas que permitan atravesar barreras disciplinarias, peajes y multas. Ese fue el terreno en el cual atendíamos a nuestros “uno”s, sin hache al principio.

Si bien el encierro manicomial fue objeto de su preocupación a lo largo de su trayectoria, nunca olvidó la necesidad de ahondar y atravesar los espacios a fin de ideologizar las psicosis. Recordemos a Basaglia cuando se refería a la condena de ser loco y pobre. Qué quedaba para los unos y qué quedaba para los otros? Solía decir.

Crítico de la postura despolitizada de la comunidad terapéutica y de las premisas que sostenía Maxwell Jones, fue convocado a trabajar junto a otros grupos más afines a su pensamiento recolocando al cuerpo en el centro de su clínica. Esta circunstancia lo llevó a participar con algunos de sus trabajos en encuentros y jornadas con colegas europeos y latinoamericanos.

Oswaldo vivía muy cerca de mi casa, a pocas cuadras. Cuando teníamos un ratito libre pasaba por su casa o él se acercaba a la mía. Hablábamos de lo que nos pasaba, con la profesión, con los acontecimientos políticos del momento, para confrontar alguna idea que nos sonaba novedosa, para discutirla o simplemente para hablar de cuestiones más personales. Oswaldo, Adiós amigo entrañable,

colega brillante.

Adios hermano

Chau negritoj